

En forma clara, documental y amena Ramón Garriga cuenta en las cerca de quinientas páginas de este libro la verdad de la sorprendente trayectoria recorrida en diez años por el hombre que en 1940 estrechaba la mano de Hitler en Hendaya diciéndole que «España desea luchar al lado de Alemania» y en 1951 recibía al almirante Sherman, representante del presidente Truman declarando enfáticamente que «entre los Estados Unidos y España estoy completamente seguro de que podría llegarse a un encuentro general en nuestra lucha común contra el comunismo». Estos cambios radicales de alianzas y opiniones han sido presentados durante lustros como prodigio de habilidad y astucia de un político genial que supo librar a su país del desastre de una conflagración universal; Garriga prueba en «La España de Franco» lo que hubo de casual, casi de milagroso en la neutralidad española entre 1939 y 1945.

Son varios los factores que contribuyen a que España no intervenga en la segunda guerra mundial, totalmente ajenos a la voluntad y deseos de sus gobernantes: la angustiada situación económica en que se encuentra el país, el pleno convencimiento hitleriano de poder ganar la guerra sin repartir con nadie el botín de las colonias francesas y británicas; las excesivas pretensiones reivindicativas de Madrid acerca de un futuro imperio africano e incluso la gran suerte de que el fracaso italiano en los Balcanes y la subsiguiente campaña alemana en Rusia aplacen primero e impidan después los planes de Hitler respecto a Gibraltar. «En 1941 —escribe Garriga— Rusia salvó al pueblo español de las consecuencias de la guerra porque Hitler decidió liquidar a Rusia antes de penetrar en la Península». Pero aquí encuentra el autor «uno de los grandes misterios de los últimos tiempos»: ¿Por qué Moscú no declaró la guerra a Madrid como contestación al envío de la División Azul? ¿Por qué trató Stalin con tanta consideración a Franco? «Nadie ha sabido explicarme el comportamiento de Stalin», confuye Garriga.

La entrevista de Hendaya con el

protocolo firmado en la misma —y que, creo que por primera vez, se publica en este libro de Garriga— demuestra claramente los propósitos franquistas; la ocupación de Tánger en el momento más difícil para Inglaterra; el envío de unos millares de voluntarios al frente de Leningrado y los repetidos discursos y declaraciones del propio Franco, que en 1942 prometía a Hitler dos millones de soldados españoles para cerrar a las hordas soviéticas el camino de Berlín; el entusiasmo oficial por los triunfos japoneses en el Pacífico y las felicitaciones a Tokio por la «liberación» de Filipinas, no dejan lugar a dudas acerca de las inclinaciones y anhelos del régimen español. Pero si todo esto es sobradamente conocido —aunque después de 1945 haya sido silenciado o interpretado en forma que tiene poco que ver con la verdad— hay un episodio mucho más significativo y casi totalmente ignorado: el altanero desprecio de un préstamo de doscientos millones de dólares ofrecido por los Estados Unidos en el verano de 1940. Las condiciones de dicho crédito —que España necesitaba imperativamente para reparar los estragos de la contienda civil— eran tanto o más generosas de lo que años después sería el Plan Marshall para buena parte del occidente europeo; Franco no quiso aceptarlo para no disgustar a sus amigos de Roma y Berlín.

En «La España de Franco» —que la Editorial Gregorio del Toro acaba de publicar en nuestro país, con abundancia de apéndices documentales— está toda la Historia que no pudo contarse treinta años atrás. En ella se relatan episodios y acontecimientos que muchos de sus protagonistas, que aún viven, tienen sobradas razones para tratar de sepultar bajo toneladas de tierra. Los retratos políticos y morales de algunos de ellos pueden parecernos increíbles hoy, luego de sus evoluciones posteriores. Si Arrese se distinguía por sus zancadillas y maniobras contra Serrano Súñer, Castiella y Areilza presentaban en un libro las reivindicaciones españolas al amparo de las victorias germanas; Ismael Herraiz, Víctor de la Serna y otros periodistas eran más hitle-

rianos que el propio Hitler y se daban episodios tan vergonzosos como el intento de convertir al teniente coronel Ansaldo en un vulgar espía o la explotación de las desviaciones sexuales de Ximénez de Sandoval —autor de una «Bibliografía apasionada de José Antonio»— en un formidable escándalo en que sus adversarios querían complicar a un ministro. Y con esto, junto a todo esto, un relato apasionante de las intrigas diplomáticas y las luchas entre bastidores de la política española en un largo período en que el pueblo español, marginado de su propio gobierno, silenciado a la fuerza, padecía las mayores calamidades.

Aunque «La España de Franco» fue escrita hace ya veinte años, y pese a que hayan transcurrido más de treinta de la época a que se refiere, conserva un interés apasionante porque descubre sucesos y episodios casi totalmente ignorados y nos ofrece una clave oportuna y eficaz para explicarnos mucho de lo que entonces y después aconteció en nuestro país. Incluso algo de lo que todavía hoy está sucediendo ante nuestros ojos. ■ E. DE GUZMAN.

## LAS VOCES DEL FRANQUISMO

Hay diccionarios que se elaboran con frialdad erudita y diccionarios que se escriben con apasionamiento. Algo de todo ello encontramos en el breve «Diccionario del franquismo», que ha publicado la Editorial Dopesa dentro de su nueva colección «Mosquito». Pero hay sobre todo en este opúsculo de Manuel Vázquez Montalbán una mezcla, apenas disimulada, de rabia y de ironía. La rabia que podría sentir, por ejemplo, un entomólogo que tuviera que hacer la disección del monstruoso insecto que le martirizó sin piedad noche tras noche y cuyas picaduras todavía duelen; la ironía de quien sabe que en vano han tratado una y otra vez de jugar a Josué con la Historia todos los dictadores que en el mundo han sido, y que no han «atado y bien atado» que resista a la

larga la tesonera mordedura del tiempo.

Comenzando, orden alfabético obliga, por ese inagotable vivero de políticos del franquismo y ahora de la Monarquía que fue y es la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), que consolidara Herrera Oria, nuestro Dom Sturzó particular, y acabando por el inefable marqués de Villaverde («médico cardiólogo más famoso por sus parentescos y su saber divertirse —Costa del Sol, safaris africanos— que por su práctica profesional»), Vázquez Montalbán nos ofrece, en su «Diccionario...» un fresco entre doloroso y esperpéntico de cuarenta años absolutamente irrepetibles.

Por las páginas de este librito van desfilando las voces, las consignas y los gritos de rigor que marcaron con fuego nuestra infancia, nuestra adolescencia e incluso —¡cuánto pueden dar de sí cuarenta años!— nuestra madurez. Aquí están, oportunamente comentados, el «Franco, Franco, Franco», que acompañaba a

## diccionario del franquismo



manuel vázquez montalbán

libros mosquito

DOPESA

cada trascendental discurso del Caudillo, las adhesiones inquebrantables, la unidad entre los hombres y las tierras de España y, la minoría inasequible al desaliento, los pantanos, pero también, a modo de rever-

so, real como la vida misma, de tan triunfalista moneda oficial, el piojo verde y el pan negro, la campaña pro cama del *tuberculoso pobre* («Somos los tuberculosos, los que más, los que más nos divertimos») y, a lo largo y ancho de ese tiempo y ese espacio franquistas, la represión variada y multiforme.

Tampoco falta, para escarmiento de propios y extraños, un característico elenco de los personajes clave del franquismo, desde el opusdeista y europeo Ullastres, que reprochaba a los españoles que no comieran más garbanzos y jurelitos (nuestros compatriotas, decía el soñador embajador en Bruselas, han perdido toda «humildad alimenticia»), o su correligionario López Rodó, para quien la democracia era cosa de renta per cápita —prometió que con 1.000 dólares se accedía a ella, pero cuando se alcanzó esa cifra, don Laureano, subió el umbral a 2.000 dólares— hasta el inevitable Fraga, el «civil más autoritario de la época franquista», Vázquez Montalbán di-

## UNA BIOGRAFIA INTELLECTUAL DE GUSTAVO FABRA

Casi al año y medio de su accidental muerte aparece una **recopilación de escritos de Gustavo Fabra Barreiro**. Su amigo **Mauro Armíño** ha preparado esta edición (Akal Editor, 1977) y la ha titulado justamente «**El discurso interrumpido**», porque eso es la obra de Fabra y también su vida interrumpida al filo de los treinta años.

Aunque nacido en Madrid, Fabra se sentía gallego y Galicia era el tema de su primer libro publicado («Literatura gallega») y del que dirigía en el momento de su muerte, «Los gallegos», obra colectiva con participación de diversos intelectuales gallegos (Otero Pedrayo, Paz Andrade, Pena, Losada, Palmás, etc...). Valle Inclán fue asimismo uno de sus autores preferidos y Fabra preparó la edición de «El trueno dorado» (Nostromo). Licenciado en Derecho, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid, saltó al mundo de la literatura al ganar un concurso en la «Revista de Occidente», sobre Larra, con su trabajo «El pensamiento vivo de Larra», que abre este volumen.

Armíño estructura en seis partes «El discurso interrumpido»: La-

rra, Cultura Gallega, El Ateneo, Literatura y sociedad en España. De literatura extranjera y De teoría literaria. La mayoría de los trabajos reunidos aquí aparecieron en la propia «Revista de Occidente» y en el suplemento literario de «Informaciones». También en esta revista se publicó un trabajo póstumo de Fabra («Fe-



lipe II: Nuevas cartas familiares», *Tiempo de Historia*, n.º 16). Decía en él: «los biógrafos han tendido a contemplar a sus personajes predilectos, para bien o para mal, como una especie de efigies exentas, y a construir sus retratos mediante pinturas de un psicologismo banalizante». Fabra nunca fue una efigie exenta. Y este libro es prueba de ello. Larra era para él algo más que un tema académico, como igualmente lo era la cultura gallega. Al Ateneo estuvo ligado de manera constante y por el Ateneo luchó con la pluma y con la conducta, en momentos muy delicados para aquella Casa. A su muerte fue nombrado socio de honor de la entidad... La misma concepción del hacer intelectual partía de enfoques semejantes. Aquí escribe: «la comprensión de cualquier problema de índole particular implica el análisis de la totalidad concreta en que aquel se inscribe». Y porque hizo esto en su escritura, sus textos se mantienen ahora. Cuando nos habla de Pessoa o de Castelao, de Manoel o de Dieste, nos está hablando también de una época y de un ambiente, de una manera de entender la vida y la historia.

■ V. M. R.

xit, resucitado bajo la Monarquía como efímero ministro de la gobernación «con mucho palo y mucho muerto durante su mandato», pasando por alguna figura fantasmal, como la de Jakin Boor, alter ego del caudillo, autor de varios artículos sobre la masonería y en cuya existencia real fingió creer el propio dictador hasta el punto de hacerle inscribir, según cuenta Vázquez Montalbán, en una de sus audiencias de El Pardo.

Un librito, en resumen, éste del autor de la «Crónica sentimental de España» y colaborador habitual de TRIUNFO, que no tiene desperdicio. Juzguen ustedes por sí mismos.

■ JOAQUIN RABAGO.

## POR QUE SE PIERDE UNA REVOLUCION

Puede afirmarse, sin temor a exagerar en lo más mínimo, que el movimiento anarquista español fue, hasta su desmembramiento después de la derrota sufrida en la guerra civil, el movimiento de trabajadores más importante de este signo en el mundo; y esto, no solamente por el número inmenso de afiliados y simpatizantes que se reunieron en torno a los grupos y sindicatos libertarios, sino también por la posibilidad que tuvieron, durante la contienda, de poner en práctica sus teorías, de llevar a cabo una empresa revolucionaria, si bien esta fue abordada por el peso de un sinnúmero de circunstancias adversas. «**Los anarquistas en la Guerra Civil española**», de José Peirats (1), estudia en profundidad este importante movimiento, centrándose en las vicisitudes por las que hubo de atravesar en los confusos años de la guerra civil. Con todo, el libro rebasa ampliamente su título; Peirats —militante, anarcosindicalista y esforzado trabajador intelectual, especializado en la historia del anarcosindicalismo español— no se limita en él a estudiar los conflictos, aciertos, fueros y desafueros de los que fueron protagonistas los distintos grupos anarquistas y anarcosindicalistas —C.N.T., F.A.I., Juventudes Libertarias, etc.— en el período que va de 1936 a 1939, ni a presentarnos el papel que éstos jugaron en el desarrollo y desenlace de la guerra: busca en la historia y en

el análisis detallado el desarrollo y funcionamiento de estos grupos —situado siempre dentro de una visión histórica más global de los problemas laborales y sociales que afectaron a España desde finales del siglo pasado— las razones precisas que condujeron a la situación por la que el movimiento atravesó a partir del Alzamiento Nacional.

Las primeras cien páginas del libro, aproximadamente, trazan un cuadro de conjunto del desarrollo del movimiento obrero español de tendencia anarquista, desde la fundación de la Sección Española de la Primera In-

Crónica General de España / Ediciones Júcar

## Los Anarquistas en la Guerra Civil Española

José Peirats



ternacional (1869) hasta el 18 de julio de 1936. Es un estudio socio-histórico sucinto, pero muy completo y profundo. Por supuesto, Peirats no se limita a contemplar la realidad española como algo aislado del contexto internacional, y enlaza el proceso de formación y desarrollo de los distintos órganos —sindicatos y partidos— del proletariado hispano, con las convulsiones internacionales y las diferencias ideológicas entre distintos grupos, que irían configurando las grandes corrientes de acción y pensamiento en los que se encuadraría el proletariado militante en todo el mundo. No puede, por lo tanto, soslayar el problema que supondría la escisión entre grupos de tendencia autoritaria —de los que luego saldrían los partidos socialistas y comunistas— y aquellos otros de tendencia libertaria. De este modo, y desde el comienzo mismo del libro, vamos viendo cómo evolu-

ciona un conflicto que, partiendo de diferencias de estrategia y de principios, se convertiría —al darse la tremenda circunstancia catalizadora de la guerra civil española— en auténtica tragedia, en una lucha verdaderamente fratricida entre elementos que, ambos —anarquistas y comunistas no ortodoxos (P.O.U.M.), por un lado, y, por el otro, comunistas y un cierto sector de socialistas— pretendían representar, y representaban de hecho, los intereses de la clase trabajadora; lucha que se hacía más trágica aún al tener que enfrentarse al mismo tiempo los que en ella participaban al ejército de Franco, que fue el único que se aprovechó de estas graves diferencias entre quienes le tenían por enemigo común.

Otros de los factores que dan un especial interés al libro de Peirats, es la forma en que éste tiene de presentar —sin acumulación de datos innecesarios, pero con claridad y seriedad— los logros efímeros de la revolución anarquista en España, así como de explicar claramente, sin temor alguno, las causas de su fracaso. La revolución se produjo desde el día siguiente al del Alzamiento Nacional, y tuvo un éxito inmediato en Barcelona, donde el movimiento anarquista —fuerte y bien organizado— aplastó los primeros focos de rebeldía militar, y se hizo dueño de la calle. También en la zona rural de Aragón se produjo una revolución social importantísima: en muchos pueblos se llegó a vivir en un régimen de colectivización total, implantando los anarquistas un sistema social que es todavía motivo de asombro para quienes lo estudian (2). Peirats narra detalladamente la oposición que tal revolución encontró, y que la llevaría a su fracaso, no sólo por parte de la burguesía revolucionaria, sino también —y sobre todo— del Partido Comunista. Tanto el Gobierno republicano como los comunistas lucharon con todas sus fuerzas contra el empeño revolucionario; los primeros, porque no entraba para nada en sus intereses; los segundos, porque temían que tal revolución resultase perjudicial para el éxito de la guerra, y porque tampoco entraba dentro de sus intereses una realización revolucionaria de signo anarquista.

Dedica también Peirats parte de su obra a estudiar los hechos que llevaron a dos destacados anarcosindicalistas, Juan García Oliver y